



25 de agosto de 2019

HOMILÍA
XXI DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO
Ciclo C

Is 66, 18-21; Heb 12, 5-7. 11-13; Lc 13, 22-30.

**“Esfuércense por entrar por la puerta,
que es angosta” (Lc 13, 24)**

Ki'óolal lake'ex ka t'aane'ex ich maya, kin tsik te'ex ki'imak óolal yéetel in puksi'ikal. Bejla'e' Jesús ku ya'alik to'on te' Ma'alob Péektsilo' ka ojko'ob te nu'unut jonajo'. Lela' u k'áat u ya'ale' u bejil toksaj o'olal k'áabet ya'ab múuk', meyaj, mukyaj yéetel xam yaya' óolalo'ob, ba'ale' wa kak ma'alo'ob oksaj óolto'obe' ku bisko' on tí ki'iki' óolal minan u xúul.

Muy queridos hermanos y hermanas, les saludo con el afecto de siempre y les deseo todo bien en el Señor en este domingo vigésimo primero del Tiempo Ordinario. Saludo hoy particularmente a todos los miembros de los Equipos de Animación Pastoral Parroquial, reunidos este domingo en la Casa de la Cristiandad, para conocer las líneas pastorales para este año que iniciamos junto a los niños y jóvenes estudiantes en su arranque de cursos escolares, a quienes también saludo con cariño. Saludo además a los jóvenes de la Pastoral Juvenil, con quienes hoy celebraré la Eucaristía en su asamblea anual, en el Colegio Educación y Patria.

He escuchado con cierta frecuencia este tipo de frases: “Diosito me tiene que salvar, porque Él es muy bueno”; también esta otra: “Yo creo que nadie se va a condenar, porque Dios es amor”; o una más: “Dios me quiere, así como soy y no tengo que cambiar”. Quienes tienen estos pensamientos, no han leído la Palabra de Dios o no la han comprendido, y han preferido hacerse un Dios a su medida, a la medida de su modo de ser, de su forma de pensar.

La Palabra de Dios, desde el Antiguo Testamento hasta el Nuevo, nos llama a obedecer los mandamientos divinos. Los auténticos profetas no eran muy bien vistos porque llamaban al pueblo a un cambio de vida, anunciando castigos divinos a quienes no lo hicieran. Tal como lo hizo Juan el Bautista, también Jesús llamaba al arrepentimiento y a la conversión a causa de que el Reino de los cielos estaba cerca.

Es cierto que antes del Concilio, es decir, de los años sesenta para atrás, hubo una época en la Iglesia en la que su predicación era tremendista, en el sentido de que insistía mucho en los castigos de Dios para quienes no hacen su voluntad, en la descripción de las penas del purgatorio y en la descripción de la condena eterna en el infierno. Hoy en día hemos cambiado los acentos de nuestra predicación, y afirmamos que Dios no nos castiga durante esta vida, pues todo lo que sufrimos es consecuencia de nuestra naturaleza o de la maldad de otros, así como también puede ser consecuencia de nuestros propios abusos y descuidos. Quien niegue la existencia del Purgatorio o del Infierno se aparta de la ortodoxia cristiana, pues esas realidades son y serán siempre parte de nuestra fe, que viene de Cristo y de los Apóstoles.

En el evangelio de hoy, mientras Jesús se encamina hacia Jerusalén, alguien le pregunta: “Señor, ¿es verdad que son pocos los que se salvan?” (Lc 13, 23). Jesús no responde ni sí, ni no a esta pregunta. Recordemos que en una de sus parábolas, en el mismo evangelio según san Lucas, Jesús cuenta la historia de un hombre rico que banqueteara, ignorando a un pobre hombre que pasaba hambre junto a la puerta de su casa; y al morir ambos, el pobre Lázaro pasa al seno de Abraham, mientras que el rico pasa a las llamas del castigo eterno (cfr. Lc 16, 19-31). En otro pasaje del evangelio según san Mateo, Jesús afirmaba que más nos vale cortar aquí con todo lo que nos conduce al pecado, que llegar con todos nuestros miembros al fuego eterno (cfr. Mt 5, 27-30).

La respuesta de Jesús, más que si son muchos o pocos los que se salvan, es en orden a esforzarnos por entrar por la puerta angosta. Si preferimos la puerta ancha de lo más cómodo, lo más agradable, lo más productivo y ponemos eso como máximo valor, haciendo a un lado la honestidad o el interés común, atropellando los intereses de otros o la voluntad de Dios, ciertamente elegiremos el camino de la condenación.

Por el contrario, la puerta angosta supone renunciarnos a nuestros apetitos, a nuestros intereses, a nuestra comodidad, aceptando sacrificios y trabajos por

amor a Dios y a nuestro prójimo, ese camino es seguramente de salvación. Cuando esos sacrificios y trabajos suponen vivir las virtudes cristianas en grado heroico, es cuando la Iglesia puede llegar a discernir que una persona que vivió de ese modo está seguramente ante el Señor en el cielo, que es un buen ejemplo para todos, y por lo tanto, puede ser canonizada.

Nosotros no podemos juzgar a otros ni tampoco a nosotros mismos, ni para bien ni para mal, como cuando alguien dice: “Eso no tiene perdón de Dios”. Es el Señor quien nos juzga a todos, no sólo de acuerdo a la ley, sino al profundo conocimiento que tiene de cada uno de nosotros y nuestras circunstancias. Así es que nunca podremos saber si son pocos o muchos los que se salvan, ni mucho menos constituírnos en jueces de la humanidad, ni siquiera de los no creyentes. Dejemos el juicio en las manos de Dios, y nosotros sólo esforcémonos por entrar por la puerta angosta.

Otro tema importante que aborda Jesús en este evangelio de hoy es que la puerta no siempre estará abierta, pues llegará el día en que sea cerrada, y muchos de los que se creían salvos se verán fuera del banquete del Reino. Aquí Jesús hace un nuevo anuncio de la universalidad de la salvación, pues los judíos creían que sólo ellos iban a salvarse. Para la salvación no bastaba ser judío, así como ahora no basta ser católico, lo que salva es hacer el bien. Dice Jesús: “Vendrán muchos del oriente y del poniente, del norte y del sur, y participarán en el banquete del Reino de Dios” (Lc 13, 29).

Los criterios del mundo ponen a unos arriba y a otros abajo, pero la mirada de Dios es muy diferente, por eso dice Jesús a quienes se sienten muy seguros: “No sé quiénes son ustedes... apártense de mí todos ustedes los que hacen el mal... los que ahora son los últimos, serán los primeros; y los que ahora son los primeros, serán los últimos” (Lc 13, 27. 30). Vamos adelantándonos a mirar a los demás con los criterios de Dios, y entonces veremos de una manera muy distinta y original a toda la gente.

También la primera lectura, tomada del Libro del profeta Isaías, anunciaba la universalidad de la salvación diciendo: “Esto dice el Señor: Yo vendré para reunir a las naciones de toda lengua. Vendrán y verán mi gloria” (Is 66, 18). El salmo 116 que hoy proclamamos, enfatiza el mensaje diciendo: “Que alaben al Señor todas las naciones, que lo aclamen todos los pueblos”.

Hemos dicho que Dios no castiga durante esta vida, pero la segunda lectura, tomada de la Carta a los Hebreos, dice: “El Señor corrige a los que

ama” (Heb 12, 6). Y es que nos damos cuenta de que, gente que es muy buena y creyente, que hace bien a todos, sufre accidentes, tiene enfermedades graves, o grandes problemas: la vida es así. Insisto en que Dios no castiga, pero quien sea creyente puede aprovechar cualquier sufrimiento para ofrecerlo al Señor para purificarse de sus pecados, para unirse a la cruz de nuestro Señor Jesucristo, entonces sus penas y dolores se vuelven corredentores. Aunque Dios no mande esos males, los permite siempre para nuestro bien, como dice también la lectura, en los que reciben el dolor con aceptación de la voluntad de Dios “después produce frutos de paz y de santidad” (Heb 12, 11).

Desde hace más de tres semanas se iniciaron incendios en la región amazónica en Brasil, que no se han podido extinguir. Autoridades de la ONU y de varios países han catalogado esto como un desastre ecológico con afectación para todo el planeta, ya que se trata del principal pulmón de la tierra. Los Obispos Latinoamericanos, por voz del Consejo de Presidencia del CELAM han emitido un documento sobre este incendio, llamado “Levantamos la Voz por el Amazonas”, en el que manifiesta su preocupación por esta tragedia de dimensiones planetarias.

Recordemos que en el mes de octubre está programado el Sínodo de los Obispos en Roma con el tema sobre el cuidado de la Amazonía. En el mensaje de los obispos del CELAM citan un pasaje del instrumento de trabajo para el Sínodo que dice: “En la selva amazónica, de vital importancia para el planeta, se desencadenó una profunda crisis por causa de una prolongada intervención humana, donde predomina una ‘cultura del descarte’ (LS 16)”.

Hagamos oración para que termine esta tragedia y pensemos en las palabras del Papa Francisco que cita el mismo documento de los obispos del CELAM: “Seamos custodios de la creación, del designio de Dios inscrito en la naturaleza, guardianes del otro, del medio ambiente; no dejemos que los signos de destrucción y de muerte acompañen el camino de este mundo nuestro”.

Que tengan todos una feliz semana. ¡Sea alabado Jesucristo!

+ Gustavo Rodríguez Vega
Arzobispo de Yucatán